

Geografía humana y ciencias sociales

Una relación reexaminada

Martha Chávez Torres
Octavio M. González Santana
María del Carmen Ventura Patiño
Editores



El Colegio de Michoacán

GEOGRAFÍA HUMANA Y CIENCIAS SOCIALES
UNA RELACIÓN REEXAMINADA

Martha Chávez Torres
Octavio M. González Santana
María del Carmen Ventura Patiño
Editores



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Espacios de confluencia. Geografía humana y ciencias sociales <i>Martha Chávez y Carmen Ventura</i>	11
--	----

I. LA GEOGRAFÍA HUMANA Y SUS INTERCAMBIOS DISCIPLINARIOS

Encuentros, desencuentros y reencuentros recientes de la geografía, las ciencias sociales y las humanidades <i>Gustavo Montañez Gomez</i>	33
---	----

La geografía humana como ciencia social y las ciencias sociales como ciencias “geografiables” <i>Gilberto Giménez</i>	73
---	----

Geografía y ciencias sociales. Una relación reexaminada <i>Ovidio Delgado</i>	91
--	----

¿Quién estudia ese espacio? Una reflexión sobre la geografía y los intereses de las ciencias sociales <i>Federico Fernández Christlieb</i>	107
--	-----

II. EL ESTUDIO DEL ESPACIO POR LAS CIENCIAS SOCIALES

El espacio y otros actores de la historia <i>Carlos Herrejón Peredo</i>	133
--	-----

Geografía humana y sociología ¿una relación imposible? <i>Felipe Hernando Sanz</i>	149
Espacialización de relaciones sociales, administración urbana y poder <i>Fernando I. Salmerón Castro</i>	161
Territorialidad discursiva. Lenguaje, poder y geografía <i>Paul M. Liffman</i>	201
III. CAMBIOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS DE LA GEOGRAFÍA HUMANA PARA EL ANÁLISIS DE LOS PROBLEMAS ACTUALES	
La geografía humana frente al análisis de los sistemas complejos <i>Andrzej Zeromski Kaczmarek</i>	229
Paisajes cualitativos. Una reflexión desde la interdisciplina <i>Camilo Contreras Delgado</i>	241
La geografía ambiental. Orígenes, ámbito de estudio y alcances <i>Miguel Aguilar Robledo y Carlos Contreras Servín</i>	261
Por una geografía de los actores sociales. Algunos referentes de la geografía humana en las ciencias sociales <i>Octavio M. González Santana</i>	297
Ecología política. Un análisis geográfico de conflictos en un “medio ambiente politizado”. Presentado con base en el ejemplo de la Reserva de Biosfera Sian Ka’an, Quintana Roo <i>Ludger Brenner y Helen Hüttl</i>	317
IV. ENCUENTRO DE LA GEOGRAFÍA CONSIGO MISMA	
Nuevas tendencias en geografía. El giro de la modernidad a la posmodernidad <i>Ma. Teresa Ayllón Trujillo</i>	351

La geografía como ciencia social <i>Georgina Calderón Aragón</i>	375
La enseñanza de la geografía en el inicio del siglo XXI. Entre lo local y lo global <i>Vânia Vlach</i>	403
Retos de la geografía humana en los albores del siglo XXI <i>Blanca Rebeca Ramírez</i>	419
SEMBLANZA DE LOS AUTORES	441
BIBLIOGRAFÍA MÁS CITADA	449
ÍNDICE ONOMÁSTICO	459

POR UNA GEOGRAFÍA DE LOS ACTORES SOCIALES
ALGUNOS REFERENTES DE LA GEOGRAFÍA HUMANA
EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Octavio M. González Santana*

Uno de los rasgos característicos de la geografía de los últimos tiempos ha sido su mayor definición como ciencia social. Por otro lado, para las ciencias sociales se ha hecho cada vez más común el uso de categorías espaciales, ya que los fenómenos y procesos sociales se construyen en el espacio geográfico, nunca fuera de éste. Baste ver el desarrollo de conceptos clave como espacio social, lugar, región y territorio. Sin embargo, la incorporación de la dimensión social en la geografía, como un elemento clave que permita explicar la configuración espacial de la sociedad, ha sido un proceso complicado que se fue clarificando conforme avanzaba el último tercio del siglo XX, sobre todo a partir de la introducción de la noción de espacio como producto social.

Según lo señala Ortega Valcárcel, para la geografía, la comprensión y la explicación del espacio social requiere una indagación que de manera obligada considere las relaciones que se establecen entre las esferas material, social e individual. Es decir, entender “los modos en que los agentes individuales, actores directos de las experiencias espaciales, operan en el mundo material, tangible, y la forma en que la instancia social interviene y actúa sobre los agentes y es afectada por ellos, así como el modo en que la propia instancia social regula el desarrollo de la esfera material” (Ortega 2004: 27).

Llevar a la práctica lo anterior implica la creación de vasos comunicantes entre la geografía y las demás ciencias sociales, sobre todo para el uso de elementos de orden teórico-metodológico que permitan una mejor incorporación de los actores sociales al análisis geográfico; pues cuando el proceso

* Centro de Estudios de Geografía Humana, El Colegio de Michoacán.

de investigación parte de los actores, de sus prácticas sociales y de su relación con la apropiación de los espacios locales, la perspectiva se enriquece dando lugar a una geografía humana que en cierta medida privilegia el análisis de la construcción cotidiana que los grupos sociales hacen del espacio local, sin perder de vista su articulación con diferentes ámbitos de la totalidad regional, nacional y mundial.

El objetivo de este ensayo es abordar algunos elementos que sobre una geografía interesada por los actores sociales se está impulsando desde el occidente del país. De ahí la pretensión de dar cuenta acerca de los intentos de aquellas instituciones que, partiendo de las ciencias sociales y de su interés por los actores sociales, buscan darle nuevos contenidos a la geografía humana.

BREVE RECUENTO HISTÓRICO DE LA INCLUSIÓN DE LA DIMENSIÓN SOCIAL EN GEOGRAFÍA

Con una visión muy general y tomando como coordenada de partida la antropogeografía de F. Ratzel, puede decirse que la inclusión de la dimensión social en la geografía ha sido un proceso complejo, pues ante la preocupación de perder su identidad como ciencia, en un inicio dicha disciplina optó por considerarla de manera indirecta en su cuerpo teórico, principalmente mediante lo concreto del medio, de la naturaleza o del paisaje (Luis 1983: 8).

Pese al empirismo que acusaba la geografía de finales del siglo XIX y principios del XX, en Alemania emergieron importantes esfuerzos por definir su objeto y su método para garantizar su cientificidad, ocurridos principalmente a partir de los aportes de O. Schlüter y A. Hettner. De esta forma, la geografía sería convertida en una morfología del paisaje cultural que se ocuparía del enfrentamiento dado entre ciertos grupos humanos y sociedades y determinados paisajes a lo largo de un periodo histórico, cuyas causas debían buscarse en la actividad conformadora del paisaje que poseen tales grupos humanos.

Por el lado de la escuela francesa, en la crítica al determinismo y la defensa de una concepción que garantizara la especificidad y cientificidad de la geografía, destaca la figura de P. Vidal de la Blache y sus seguidores, cuya

propuesta concebía a dicha ciencia desde una perspectiva ecológico-cultural que mediante un método que partía de la realidad para luego definir y explicar (Claval 1981: 65), ponía en el centro de su interés los “géneros de vida” más que el paisaje mismo (Luis *idem*).

Por otro lado, la inserción de lo social en la geografía, su humanización, fue más lenta en la geografía estadounidense; pues no fue sino hasta principios del siglo XX que se intentó incluir al ser humano en su objeto de estudio, quedando establecido de forma más clara en la propuesta de la morfología del paisaje cultural de C. Sauer y el enfoque corológico o regional de R. Hartshorne (Gómez *et al.*, 1982: 77-84). Así, ante un contexto de fuerte influencia ejercida por una geografía de corte relacional encabezada por M. Davis y E. Sample, se dieron los primeros intentos de geógrafos estadounidenses por aprehender las relaciones directas entre el hombre y el entorno, en cuyo esfuerzo intelectual utilizaron material etnográfico y delimitaron el área de estudio, para luego deducirlas analógicamente o por medio de comparaciones históricas.

De forma adicional, para esos años se hacía necesario ir en busca de explicaciones que sobre la diferenciación social de la humanidad no se habían logrado, pero que adicional a los procesos sociales, presumiblemente existían en el entorno espacial. De ahí nace el interés por lograr mejores explicaciones de la realidad socioespacial entre la sociología y la geografía, ocasionando su acercamiento; por lo que muy pronto empezó a considerarse la inclusión de lo espacial o sustrato material como parte de la explicación de los hechos sociales producto de la acción social, en el caso de la sociología, y lo social para explicar la configuración espacial, en el caso de la geografía, lo que daría lugar a la constitución de nuevas disciplinas: la morfología social y la sociografía.

Mientras que la sociología pretendía la desaparición de la antropogeografía –o geografía humana– con la fundación de la morfología social, producto de la institucionalización de la geografía, en Holanda ocurrieron serios intentos por alcanzar un acercamiento entre ésta y la sociología. El resultado fue la creación de una disciplina puente que posibilitaba la aproximación directa al estudio de los fenómenos sociales en su contexto espacial, tal y como se establecía en los planteamientos de Steinmetz, considerado el creador de la sociografía holandesa.

Básicamente de carácter descriptivo de las relaciones y situaciones de un pueblo en determinado momento, para Steinmetz la justificación de la sociografía radicaba en la necesidad de conocer los medios físico y socio-cultural, el suministro de material empírico a la sociología para su reflexión teórica y la puesta a disposición de información relevante del extranjero, en especial de sus colonias, a ciertos grupos sociales. Pero un aporte importante de este sociólogo holandés fue precisamente el señalar fuertes deficiencias del pensamiento geográfico, a saber: la falta de una fundamentación científico-social de la corología o geografía regional y el tratamiento natural del ser humano en el esquema teórico (Luis *ibid.*: 33-35).

Ante una sociedad que se hacía cada vez más compleja y dada la imposibilidad de la fisonomía del paisaje para explicarla por medio de las homogeneidades, se hacía necesaria la creación de un enfoque dinámico que permitiera, vía la heterogeneidad paisajista o externa, llegar a una homogeneidad interna producto de la acción del ser humano: los llamados espacios funcionales antropógenos, producto de la acción de las fuerzas características de las sociedades industriales. Propuesta teórica que permitió el desarrollo de trabajos metódicos de fuerte contenido social, como los realizados por L. Waibel en la Sierra Madre de Chiapas en el primer tercio del siglo XX; trabajos que fueron considerados en el campo de la geografía agraria y que, al igual que otros del mismo género, dieron lugar al uso de importantes conceptos como el de formación económica.

El enfoque funcional económico del paisaje que ponía especial atención en la actividad de los grupos humanos como elementos de explicación, mismos que se sustentaban en la diversidad y la heterogeneidad, fue introducido por H. Bobek dentro del campo de la geografía urbana, por lo que en su crítica a las definiciones morfológicas de la ciudad, él sostenía que debe haber ciertas condiciones previas para la formación de una ciudad, entre ellas la existencia de un nivel cultural y material que haya conducido a la división social del trabajo y una separación espacial de las ramas de producción debidamente comunicadas. Esta postura lo llevó a construir un nuevo concepto geográfico de ciudad y a hacer hincapié en la necesidad de poner más atención en el ser humano como factor conformador de las estructuras del paisaje.

Esos señalamientos hacían evidente que la geografía seguía adoleciendo de un empirismo que no posibilitaba la creación de un cuerpo teórico robusto que, entre otras cosas, le permitiera acercarse a teorías que explicaran en forma más consistente el comportamiento espacial de los grupos humanos. Proceso que en cambio sí ocurría en las ciencias sociales, como la sociología, la economía, la antropología social y la etnología, en cuyo seno se elaboraban diversos modelos teóricos que permitían explicar la acción social recurriendo a sistemas de normas y valores socialmente construidos y, por tanto, no aprehensibles de forma concreta.

Luego del fuerte dominio ejercido por una la revolución cuantitativa que le había otorgado al espacio la categoría de concepto clave para la disciplina (Lobato 1998: 25), para dar respuesta a la intensificación de las contradicciones sociales y espaciales producto de la crisis del capitalismo de los años sesenta y la emergencia de los movimientos sociales que protestaban por la guerra de Vietnam, resultaba necesario replantear los presupuestos teóricos de la geografía para explicar un mundo que cada día se hacía más complejo y que exigía el uso de la dimensión social para sustentar sus conclusiones. Fue una época en que salieron a la luz nuevas propuestas de la geografía como la radical, la humanística y la sistémica. Pero, sin duda, lo que marcó un punto nodal en la geografía fueron las aportaciones de la corriente marxista acerca del espacio, que con el trabajo de Henri Lefebvre fue definido como el “*locus* de la reproducción de las relaciones sociales de producción”, es decir, reproducción de la sociedad. En esa línea, en el caso de América Latina es Milton Santos quien, derivado del concepto de formación socioeconómica, define la formación socioespacial. Según Lobato (*ibid.*), su mérito es que permite “explicar de forma teórica que una sociedad se torna concreta a través de su espacio, del espacio que produce [agregando] que el espacio únicamente es inteligible a través de la sociedad”. De tal forma, desde esta perspectiva el espacio y la sociedad no son cosas separadas que en cierto momento se unen, sino que están contenidas en la formación socioespacial (*ibid.*: 29-30).

Con el surgimiento de la geografía humanística, apoyada en corrientes filosóficas como el existencialismo y la fenomenología, se empezó a definir el espacio desde de la subjetividad del ser humano como individuo

único, pues lo que se busca a partir de la intuición, los sentimientos, la experiencia, el simbolismo y la contingencia es su comprensión, misma que sirve de base para hacer inteligible el mundo real. Una corriente teórica para la que el lugar se convierte en su concepto clave y el espacio adquiere el significado de espacio vivido (*idem*), donde la experiencia humana cotidiana es fuente esencial de conocimiento (Novoa 1996: 21).

Una vez en los años ochenta del siglo pasado, luego de la caída del muro de Berlín, en cuanto a símbolo de la terminación de la llamada guerra fría, el proceso de mundialización del capitalismo toma un dinamismo sin precedentes donde el mercado adquiere poder abarcador que sobrepasa a los estados nacionales y transforma la configuración del espacio hacia una dimensión global, generando así una dialéctica entre lo local y lo global. Se trata del surgimiento del posmodernismo y la cultura posmoderna. Ortega (2000) afirma que es una gran oportunidad para las geografías posmodernas interesadas por el sujeto, pues la geografía del posmodernismo es una que explora los nuevos espacios, es decir, los espacios que hacen la diferencia, los espacios marginados, los espacios del feminismo, los espacios del poscolonialismo, los espacios de la utopía y de la heterotropía y los espacios simbólicos de las ciudades posmodernas. Ello necesariamente lleva a nuevos enfoques para indagar el espacio por medio de sus signos, el espacio como texto, etc. (*ibid.*: 307), pero su fuerte acento en la subjetividad fenomenológica, en la conciencia como validación del conocimiento y su dificultad para establecer reglas claras para la comunicación, según sostiene este autor, representan obstáculos para que las geografías posmodernas sean capaces de definir una geografía renovada, para algunos ahora representada en la propuesta de una geografía con compromiso social.

Es así que, según el propio Ortega (2004), la apertura de la geografía hacia las ciencias sociales y su creciente identificación con la dimensión social, hace que la disciplina sea concebida como una ciencia social pero según su punto de vista, ésta debería orientarse hacia el compromiso con la sociedad. En parte identificada con la corriente de teoría crítica, la propuesta de la denominada geografía crítica se sustenta en un compromiso claro con los problemas sociales, en una geografía de raigambre social abierta a los problemas fundamentales de las sociedades modernas; es decir, a diferencia de una geografía interesada por el orden social, la geografía crítica abanderará

el cambio de la realidad social. En ese contexto, el giro social de la geografía implica un desplazamiento a los procesos sociales en su dimensión espacial o material, que requiere centrar su atención en la acción, al igual que desenrañar el movimiento que hace del espacio una realidad social cambiante, en constante transformación. Para ello la geografía pudiera abreviar, dice Ortega, en teorías sociales como de la regulación de Lipietz, de la estructuración de Giddens o de la acción de Werlen.

De acuerdo con lo mostrado, resulta claro que la geografía ha buscado diversas formas de incorporar la dimensión social a sus explicaciones, aunque con más éxito a partir del último tercio de siglo pasado, cuando el espacio fue considerado como producto de la sociedad, ahora manifiesto en conceptos como espacio social y espacialidad social o socioespacialidad. Sin embargo, ante la llamada dialéctica socioespacial propuesta por Soja (Aguilar 1994: 48), tratar de articular los procesos sociales con la configuración espacial aún sigue representando un reto para las ciencias sociales, incluida la geografía, pues se trata de manejar de manera simultánea y articulada, tres dimensiones: la social, la espacial y la temporal; por lo que ahora queda más claro que los procesos sociales se construyen en el espacio, nunca fuera de éste.

UN ESBOZO DE LA GEOGRAFÍA MEXICANA Y LA INCLUSIÓN DE LA DIMENSIÓN SOCIAL

A pesar de que la geografía mexicana tiene larga data, la solidez teórica no parece ser su mejor carta de presentación. De ahí que la inclusión de la dimensión social haya tenido mayor resistencia en México que en otros países que van a la vanguardia en el desarrollo teórico. Tal es el caso de la adopción de la corriente marxista, que requiere mucha preparación teórica, además de que no parece del agrado del gremio de los geógrafos mexicanos. En lo que corresponde al sujeto y la subjetividad, ante el retraimiento de la disciplina más bien ha sido una labor que se ha echado a costas la antropología social. Por lo que compete a los actores sociales, es una parcela que más bien cultiva la sociología. Desde luego que hay sus excepciones, algunas de ellas presentes en este libro.

A pesar de ello, en la actualidad se observa un común denominador entre algunos geógrafos respecto de la necesidad de incorporar a los actores sociales en la investigación geográfica (Reboratti 2001, Martínez comunicación personal, 2004. Farias comunicación personal, 2006), es decir, que la disciplina se abra hacia las demás ciencias sociales, situación que parece repetirse en el resto de América Latina. Esto no debe resultar extraño, pues al menos en los centros de investigación y enseñanza de geografía con cierta tradición en México, los paradigmas neopositivistas siguen teniendo gran influencia.

Existen otras explicaciones a la poca apertura de la geografía mexicana a lo social, en específico a los actores sociales, y que tienen que ver con su desarrollo no sólo en investigación sino también en el ámbito institucional. No obstante, esto no quiere decir que lo anterior no se haga, pero sería deseable que fuera de forma más amplia, pues si se toma como referencia el balance que hace Carreto de los resultados de los encuentros de Geógrafos de América Latina (EGAL), ocurridos entre 1987 y 2001, se puede verificar que del total de países participantes, independientemente de su tamaño poblacional, entre Brasil, Argentina y Cuba han entregado 80% de los trabajos presentados, a razón de 38.9%, 24.06% y 15.79%, mientras que México apenas cubre 5.39%, detrás de Venezuela (Carreto 2003: 32).

Una de las respuestas a tal disparidad se relaciona con el fortalecimiento institucional de la disciplina en dichos países, pues para el año 2003 en Brasil, un país con cerca de 160 millones de habitantes en ese entonces, se impartía un total de 27 maestrías en geografía en centros académicos donde la investigación y la docencia son una práctica común (2003, www.capes.gov.br). En cambio en México, un país con cerca de 100 millones de habitantes, para ese mismo año, el total de maestrías en geografía era de dos y dos más relacionadas con ella, en un total de cuatro instituciones, donde en sólo dos casos había centros de investigación dedicados expresamente a esta disciplina (2003, sesc/sep.gob.mx). Si a ello se le agregan los doctorados en geografía, la relación entre ambos países respecto de la institucionalización de la disciplina es de once a uno.

La situación de Argentina no es del todo diferente a la de Brasil, pues según lo señala el mismo Carreto (*idem*), en ambos países existe una fuerte diversificación educativa de la geografía, pues por lo general “en cada región,

estado-provincia o municipio” existen centros, departamentos o institutos dedicados tanto a su investigación como a su enseñanza, de ahí la madurez y el desarrollo teórico de la disciplina, baste ver los aportes de M. Santos, R. Lobato, D. Ribeiro, J.L. Coraggio y C. Reboratti. A ello habría que agregar la fuerte presencia de la labor realizada por el gremio de los geógrafos en los sectores gubernamental y privado.

Otro elemento que puede explicar el desfase de la geografía mexicana, en este caso en el sector académico de las ciencias sociales, es la falta de rigor teórico-metodológico que caracteriza a gran cantidad de geógrafos, ya que, según Aguilar y Moncada (1994: 14), lo anterior se debe a la poca preocupación que éstos tienen por la discusión y el debate sobre las teorías y métodos usados así como su relación con los trabajos empíricos, y lo que es peor aún, muchos integrantes del gremio han mostrado deficiencias al utilizar y articular las propuestas que tanto sobre teoría y método se generan en los países que se encuentran a la vanguardia en la investigación geográfica. Esto muchas veces se traduce en su reticencia a explorar en las fronteras de la disciplina, que según Reboratti (*ibid.*: 152), es justamente donde se produce una parte importante del conocimiento en ciencias sociales. Hechos que se corroboran de forma muy clara no sólo para México, sino también para muchos países de América Latina, pues regresando al trabajo de Carreto (*ibid.*: 334-336), del total de ponencias presentadas en los ocho eventos del EGAL que se habían realizado hasta 2001, sólo 8.64% corresponden a teoría y método, mientras que 80.33% refieren a temas acerca de cuestiones socioeconómicas y del medio ambiente. Aunque se percibe un breve desplazamiento hacia temas de geografía social “para el tratamiento espacial de la relación hombre-naturaleza”, con todo lo que ello implica.

Por otra parte, el propio desarrollo de la geografía humana en las instituciones del país que de forma expresa se dedican a ello, no ha sido constante en todos los campos, pues hasta 1972 en el caso de Toluca y 1980 en el de Guadalajara, la enseñanza profesional y la investigación en geografía únicamente existían en la UNAM (Aguilar y Moncada *ibid.*: 13). Aunque ahora en dichos lugares su orientación ha virado hacia el uso de las nuevas tecnologías, en el caso de Toluca, y hacia el ordenamiento territorial y el desarrollo local, en la capital jalisciense.

Pero esta resistencia a una mayor apertura hacia las ciencias sociales de parte de la geografía que se cultiva en las instituciones antes señaladas, no parece ser el caso de otros espacios académicos que en la búsqueda de mejores explicaciones han utilizado y desarrollado teóricamente conceptos que se consideraban exclusivos de la geografía, como es el caso de *territorio* (Reboratti, *idem*). Desde luego me refiero a disciplinas como la sociología, la antropología social y la etnología, en su mayoría pertenecientes a las ciencias sociales.

LOS ELEMENTOS ESPACIALES EN LAS CIENCIAS SOCIALES MEXICANAS

Si bien en la actualidad pueden encontrarse ejemplos del uso de conceptos geográficos para la realización de explicaciones acerca de los procesos sociales que investigan muchos académicos, en el caso de la antropología social mexicana sobresale la figura de Ángel Palerm, investigador que a partir de la década de los años cincuenta del siglo pasado supo utilizar una propuesta teórica de corte holista que involucraba elementos de la organización social de las civilizaciones mesoamericanas con aspectos de otras disciplinas como la arqueología, la ecología, la historia de Mesoamérica y la geografía (González 2000: 6). A él se debe el desarrollo de parte importante de la ciencia antropológica en México, sobre todo a partir de la adopción del enfoque teórico de la ecología cultural, que fue cultivado por varios de sus alumnos, algunos de ellos en el seno de El Colegio de Michoacán, como fue el caso de la recientemente fallecida Brigitte Boehm, investigadora muy respetada por su solidez intelectual que supo vincular el análisis del paisaje cultural con varios aspectos de la organización del espacio usados en la geografía humana, punto al que regresaré más adelante.

Con respecto al tema de las diferentes instituciones en las que se cultivan diversos aspectos de la configuración del espacio para comprender la organización de la sociedad, es decir, la espacialidad social, diré que, en principio, esto tiene que ver con esfuerzos ante todo individuales de ciertos investigadores que se han interesado en ello y que en algunos casos han interactuado con los geógrafos. Sólo por mencionar algunos casos se puede

señalar a G. de la Peña, G. Giménez, C. Lomnitz y F. Salmerón, quienes han incursionado en temas como el territorio, la región, la cultura regional, entre otros. Aunque la lista se puede ampliar de forma considerable al incluir a varios investigadores de las ciencias sociales e incluso a algunos considerados como geógrafos, sin serlo estrictamente hablando.

De esta manera, la cantidad de instituciones nacionales orientadas a las ciencias sociales que cultivan diversos aspectos de la geografía humana para explicar los procesos sociales es más importante de lo que pareciera. Sin ser exhaustivos se pueden señalar casos como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Guadalajara, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, la Universidad Autónoma de Guerrero y la Universidad Autónoma de Baja California. También se incluyen instituciones y centros públicos de investigación como el CIESAS, el Instituto Mora, El Colegio de la Frontera y, por supuesto, El Colegio de Michoacán en el occidente del país.

En dichas universidades y centros de investigación, el diálogo con la geografía humana ha sido más o menos constante, de ahí la publicación de obras que con la participación de geógrafos, antropólogos y otros especialistas afines han tocado diversos aspectos del espacio, como el territorio y la región (Hoffmann y Velásquez 1994; Hoffmann y Salmerón 1997). También varios números de revistas de las ciencias sociales que tratan temas como el territorio, la región o el espacio social, muchas veces considerando perspectivas referidas a procesos de mediana y larga duración. Pero el común denominador de dichos trabajos es la combinación de elementos conceptuales de la geografía humana con varios aspectos del cuerpo teórico desarrollado por las demás ciencias sociales, donde la consideración de los actores sociales es parte sustancial de los datos empíricos encontrados en sus investigaciones.

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA GEOGRAFÍA HUMANA EN EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Desde su fundación en el año de 1979 por un grupo de intelectuales especialistas en historia y antropología encabezados por don Luis González y

González, un pionero de la microhistoria en nuestro país, ya se vislumbraba como sello de El Colegio de Michoacán, los estudios de lo local, de comunidad, del terruño o *matria* como él mismo lo llamaba. Otro elemento en el tipo de investigación que en ese entonces se buscaba era la incorporación de los aspectos históricos y culturales, al igual que fomentar la interdisciplina y el diálogo respetuoso entre las diversas disciplinas de las ciencias sociales.

Fue así que a principios de los años ochenta del siglo pasado empezaron a arribar a El Colegio de Michoacán, geógrafos y otros investigadores afines a la disciplina como Claude Bataillon, Jean Beac y Thierry Linck, así como algunos integrantes del ORSTOM, ahora IRD, y del CEMCA, entre los que se encuentran Eric Mollard, Eric Leonard, Hubert Cochet y Olivier Guegeon. De tal forma, mediante el uso de enfoques territoriales que tomaban como base a la comunidad local o terruño, se empezaron a realizar investigaciones referentes a los paisajes agrarios, las sociedades campesinas, rancheras e indígenas, la irrigación, el cambio técnico, la agropolítica, la globalización y la integración regional, la diferenciación social y la movilidad, donde se incluyó a varios alumnos de la maestría en estudios rurales que más tarde se identificaron con la geografía humana. El sello característico de dichas investigaciones fue su vertebración por aspectos de índole socio-espacial y sociocultural que, por cierto, siguen cultivando en el seno de la institución investigadores como E. Barragán (1990, 1997, 2001) y M. Chávez (1998).

Los estudios regionales, realizados por antropólogos como G. de la Peña, J. Lameiras y B. Boehm, también son parte de los intereses de El Colegio de Michoacán. A partir de los resultados encontrados en dichas investigaciones destacó que la región no sólo se conforma de elementos geográficos, sino que también hay un proceso histórico y una cultura (C. Lomnitz 1995) e identidad regionales que permiten explicar su origen y su proceso de transformación a lo largo del tiempo. El trabajo de investigación realizado por Brigitte Boehm en la región del lago de Chapala, en el que invirtió un poco más de dos décadas de su vida, abarcó diversos temas como la problemática del agua, de la agricultura de riego y de temporal, del deterioro de la naturaleza y de la diferenciación cultural, económica y política de la sociedad, al igual que la construcción y la destrucción histórica de paisajes. Aspectos que le permitieron vincular alrededor del enfoque de la ecología cultural componentes teóricos de la antropología social, la etnología y la geografía, entre

otras disciplinas, y que mediante el uso de conceptos como región, paisaje cultural y espacio social elaboró explicaciones de procesos socioterritoriales y socioculturales de largo alcance en el tiempo y en el espacio. Si bien la doctora Boehm utilizó diversas técnicas de investigación como recorridos de campo, análisis del paisaje y trabajo de archivo, también privilegió el trabajo etnográfico, natural a la antropología, que le permitió el contacto con aquellos actores sociales que le proporcionaban la información empírica que nutría aquellos campos de su interés intelectual. Por tanto, su apertura al diálogo con las demás disciplinas fue un sello importante en toda su carrera como investigadora.

Por otro lado, no se pueden entender aspectos espaciales del presente sin ir al pasado, de ahí la vinculación entre tiempo y espacio que han explorado algunos historiadores de El Colegio de Michoacán, en especial en el campo de la geografía histórica, ya que es importante conocer cómo se construyen y se reconstruyen los poblados y ciudades y cómo se va modificando su dominio territorial con el paso del tiempo. Pero en El Colegio de Michoacán no sólo ha tenido presencia la escuela francesa de geografía en donde, por cierto, se han formado un importante número de investigadores, algunos de ellos integrantes del Centro de Estudios de Geografía Humana. Pues es el caso de alumnos e investigadores que formados en universidades anglosajonas han realizado indagaciones acerca de problemas alimentarios, de género, ciudadanía y territorio en regiones indígenas y han privilegiado enfoques como los de la geografía cultural y política. Pero lo que siempre ha permeado en dichas investigaciones es la comunicación y el debate de ideas producto de la labor interdisciplinaria de la institución.

A partir de este breve repaso del diálogo surgido entre la geografía humana y las demás ciencias sociales en el seno de El Colegio de Michoacán, donde la búsqueda del rigor teórico-metodológico ha permitido que las investigaciones tengan en la parte medular de su análisis la centralidad en los actores, en sus prácticas sociales relacionadas con la apropiación de los espacios locales, enriqueciendo el arsenal conceptual de dicha disciplina, se empezó a apostar por una geografía humana que privilegia el análisis de la construcción cotidiana que los grupos sociales hacen del espacio local, sin perder de vista su articulación con diferentes escalas de la totalidad regional, nacional y mundial. De esta forma, en gran medida se habían construido

los cimientos de una geografía humana dispuesta al diálogo con las demás ciencias sociales, en donde para nada existía el fantasma de su debilitamiento o su desintegración, sino todo lo contrario.

Entonces, el siguiente paso era la creación de un cuerpo académico que en comunicación constante con otras orientaciones de la geografía humana interesadas por aspectos económicos, urbanos, ambientales, del paisaje, culturales, políticos e históricos, se comprometiera por una disciplina que en su disposición al diálogo dejara atrás la reticencia para establecer vasos comunicantes con las demás ciencias sociales. En ese contexto nace el Centro de Estudios de Geografía Humana (CEGH) en el año 2002, en cuya impronta se encuentra el seguimiento de aquellas pistas que permitan construir descripciones y explicaciones de la organización espacial de las sociedades humanas y la espacialidad de los fenómenos sociales. De ahí la importancia de pugnar por una geografía de los actores sociales. Por lo que este evento académico es una prueba de dicho interés intelectual, una cualidad que ha distinguido a El Colegio de Michoacán en el occidente del país, lo cual representa un gran reto para centros de investigación de reciente creación, sobre todo cuando la interdisciplina y el constante diálogo con las demás ciencias sociales debe formar parte del quehacer cotidiano.

Desde sus inicios el CEGH está orientado hacia la investigación y la formación de recursos humanos en geografía humana, cuya misión central es impulsar el análisis de los procesos y fenómenos sociales, económicos y culturales en su dimensión territorial, a partir de la integración de líneas de investigación y un programa de posgrado. Una excelente oportunidad para abonar al conocimiento de los procesos de transformación socioespacial, entre otros campos de interés. Dicha propuesta no hace otra cosa que ratificar cómo en una institución como El Colegio de Michoacán, en cuyo seno que cultiva una vida académica interdisciplinaria y de fuerte orientación hacia el estudio etnográfico de los agentes y fenómenos sociales, desde las ciencias sociales y las humanidades nace la idea de una geografía humana que en su quehacer cotidiano abogue por la incorporación de los actores sociales en el trabajo de investigación, por lo que el diálogo con las demás disciplinas sociales y humanas resulta central. En última instancia, lo que se busca es la proyección de la geografía humana mexicana hacia una renovada

era, cuyo sello sea la participación de especialistas de otras disciplinas, dando lugar a nuevos espacios para la investigación y la docencia en dicho campo.

De tal forma, la geografía humana se define como “una ciencia social, cuyo objeto de estudio es el espacio como construcción social, o bien el estudio de los procesos socioterritoriales”, donde el acercamiento a los actores sociales es una cuestión central, en cuanto importante insumo para un diálogo fructífero entre los especialistas, pues lo que se busca es verificar la centralidad de la relación entre la geografía humana y las demás ciencias sociales para el entendimiento de los procesos y fenómenos sociales en su dimensión espacial. En dicha perspectiva, el espacio no es un agregado más, sino más bien una dimensión central en la descripción y la explicación de las problemáticas sociales, ya que como se señaló al principio, éstas ocurren en el espacio nunca fuera de éste. Baste saber el reto que impone la creciente complejidad del mundo globalizado cuya generación de desequilibrios exige explicaciones que requieren la interdisciplina, pues rebasan la capacidad de una sola de ellas para construir las de forma convincente.

CONCLUSIONES

Tratar de fomentar una geografía humana que practique el diálogo cotidiano con las demás ciencias sociales y privilegie el acercamiento a los actores sociales, quienes mediante sus prácticas socioespaciales construyen e imaginan el espacio, es el gran reto. En un mundo globalizado que se caracteriza por fuertes contrastes sociales, económicos, territoriales, culturales, etc., las explicaciones simples a dichos procesos ya no tienen cabida, ya que mientras lo global absorbe a lo local, a su vez que lo local se repliega sobre sí mismo para hacer frente a las fuerzas globales, la simultaneidad, como lo señala Harvey, hace que el tiempo y el espacio se compriman y generen efectos desestabilizadores en las coordenadas de lo social, del individuo común y corriente.

Tratar de entender dicho fenómeno implica un diálogo entre las ciencias sociales que tienda hacia la interdisciplina, donde el uso de ciertas categorías y conceptos, con sus diferentes acepciones, forme parte de un lenguaje común que permita articular las dimensiones espacial, social y

temporal para construir descripciones y explicaciones que aprehendan la creciente complejidad de la realidad actual. De ahí que conceptos como espacio, región, lugar, territorio y espacio social, en cuanto a construcciones sociales, motiven que la geografía humana considere un poco más a los actores sociales, quienes a final de cuentas, mediante sus prácticas socioespaciales sostienen gran parte de la relación que existe entre espacio y sociedad. Es ahí donde hay que centrar las baterías. Para terminar concluyo con lo siguiente: los procesos y los fenómenos sociales se construyen en el espacio geográfico, nunca fuera de éste, por lo que su análisis requiere apertura tanto teórica como metodológica, pues sin teoría no habrá luz en el camino; se corre el riesgo de caminar sin sentido y, lo peor de todo, en ocasiones sin poder darse cuenta.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Guillermo (1994), “La radicalización de la geografía. Nuevas tendencias en el debate” en Guillermo Aguilar y Omar Moncada (comps.), *La geografía humana en México: institucionalización y desarrollo recientes*, México, UNAM/FCE.
- _____ y Omar MONCADA (comps.) (1994), *La geografía humana en México: Institucionalización y desarrollo recientes*, México, UNAM/FCE.
- BARRAGÁN, Esteban (1990), *Más allá de los caminos*, 1ª ed., Zamora, El Colegio de Michoacán.
- _____ (1997), *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno*, México, El Colegio de Michoacán/Red Neruda.
- _____ (2001), “Formas espaciales y procesos sociales en la sierra del Tigre”, en *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 85, invierno, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 105-130.
- BOEHM, Brigitte (1997), “El enfoque regional y los estudios regionales en México: geografía, historia y antropología” en *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 72, vol. XVIII, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 15-46.

- (2000), “El péndulo interdisciplinario, arqueología, etnohistoria y anexas” en *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 82, vol. XXI, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 119-155.
- (2001), “El lago de Chapala: su ribera norte. Un ensayo de lectura del paisaje cultural” en *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 85, vol. XXII, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 57-83.
- Juan Manuel DURÁN, Martín SÁNCHEZ y Alicia TORRES (coords.) (2002), *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades-Universidad de Guadalajara.
- BOSQUE, Joaquín y Francisco ORTEGA (1995), *Comentarios de textos geográficos (historia y crítica del pensamiento geográfico)*, Barcelona, Oikos-Tau.
- BRISEÑO, Roberto (2005), “Sepultando los tesoros de Zamora: urbanización de las tierras agrícolas”, tesis de maestría, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- CARRETO, Fernando (2003), “Tendencia del pensamiento geográfico en América Latina 1987-2001” en Vicente Berdoulay y Héctor Mendoza (eds.), *Unidad y diversidad del pensamiento geográfico en el mundo. Retos y perspectivas*, México, UNAM-UGI-IGU.
- CHÁVEZ, Martha (1998), *Mujeres de rancho, de metate y de corral*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- CLAVAL, Paul (1981), *Evolución de la geografía humana*, versión castellana de Alexandre Ferrer, Barcelona, Oikos-Tau.
- CORAGGIO, José Luis (1987), *Territorios en transición: crítica a la planificación regional en América Latina*, Quito, Ciudad.
- DE LA PEÑA, Guillermo (1987), *Antropología social de la región purépecha*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán.
- (1995), *El cambio social en la región de Guadalajara: notas bibliográficas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- DURÁN, Juan Manuel, Brigitte BOEHM, Martín SÁNCHEZ y Alicia TORRES (coords.) (2005), *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago II*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades-Universidad de Guadalajara.

- GIMÉNEZ, Gilberto (1996), *Territorio y cultura*, México, Universidad de Colima.
- (2000), “Territorio y cultura” en *Estudios Sobre la Cultura Contemporánea*, 4, vol. II, época II, Colima, Universidad de Colima, pp. 9-30.
- (2000), “Territorio, cultura e identidades” en Rocío Rosales Ortega (comp.), *Globalización y regiones en México*, México, UNAM.
- GÓMEZ, Josefina *et al.* (1982), *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*, Madrid, Alianza.
- GONZÁLEZ, Alba (2000), “Notas sobre las concepciones de Ángel Palerm acerca del ambiente y la agricultura” en *Ciencia Ergo Sum*, 7 (2), julio, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 1-7.
- GONZÁLEZ, Octavio (2005), *Construyendo el desarrollo local. La organización del espacio agrícola en Rincón Grande, Michoacán (1930-2000)*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara.
- HARVEY, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- HOFFMANN, Odile y Emilia VELÁSQUEZ (coords.) (1994), *Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de regiones*, Xalapa, Universidad Veracruzana/ORSTOM.
- y Fernando I. SALMERÓN, (coords.) (1997), *Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación*, México, CIESAS/ORSTOM.
- LOBATO, Roberto (1998), “Espacio, un concepto clave de la geografía” en Graciela Uribe, *Cuaderno de geografía brasileña. Cómo pensar la geografía 1*, 1ª ed., México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo.
- LOMNITZ-ADLER, Claudio (1995), *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Mortiz/Planeta.
- LUIS, Alberto (1983), “La geografía humana: ¿de la ciencia de los lugares a ciencia social?” en *Neocrítica*, 48, noviembre.
- NELSON, Lise (2000), “Remaking Gender and Ethnicity in a Mexican Indigenous Community”, tesis de doctorado, Seattle, Department of Geography-University of Washington.

- ____ (2004), "Topographies of Citizenship: Purhépechan Mexican Women Claiming Political Subjectivities" en *Gender, Place and Culture*, 11 (2), pp. 163-187.
- ____ (2006), "Artesanía, Mobility and the Crafting of Indigenous Identities among Purhepechan Women in Mexico" en *Journal of Latin American Geography*, 5 (1), pp. 51-77.
- NOVOA, Edgar (1996), "Un espacio para el espacio social: debates y perspectivas contemporáneas", consultado el 26 de mayo de 1996, www.espaciocritico.com/articulo.asp?llamada=5&sbmnu=22&numid=116
- ORTEGA, José (2000), *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*, Barcelona, Ariel Geografía.
- ____ (2004), "La geografía para el siglo XXI" en Juan Romero (coord.), *Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*, Barcelona, Ariel Geografía.
- PÉREZ, Pascale (1989), "Cambios tecnológicos, dinámica social y sus impactos sobre la organización del espacio: dos comunidades rurales del valle de Zamora", tesis de maestría, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- REBORATTI, Carlos (2001), "La geografía entre límites, escalas y fronteras" en José L. Palacio-Prieto y Teresa Sánchez, *Geografía para el tercer milenio. Geography for the Third Millennium*, México, UNAM-Instituto de Geografía.
- TORRES, José (2000), *El hostigamiento a "el costumbre" huichol: los procesos de hibridación social*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara.
- VARGAS, Guillermo (1997), "Proceso de urbanización y la configuración territorial del espacio urbano-rural de la región Morelia", tesis de maestría, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- VELÁSQUEZ, Emilia (1994), "Intercambios económicos y organización regional en el Totonacapan" en Odile Hoffmann y Emilia Velásquez (coords.), *Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de regiones*, Xalapa, Universidad Veracruzana-ORSTOM.

PÁGINAS WEB

Consultada en noviembre de 2003, http://sesic/sep.gob.mx/sep_sesic/index.htm

Consultada en noviembre de 2003, http://www.capes.gov.br/scrips/avaliacao/MeDoconheados/Area/curso.idc?cod_programa.htm